

Rainy Day Women

W

Es como tener una tercera persona a la mesa. Comer con **W** y sus perpetuos auriculares tiene ese inconveniente y nos conduce, vía discman a aceptar otra presencia. Dirijo mi mente a desbarrar sobre la necesidad cada vez más creciente que muchas personas sienten de andar continuamente conectadas a otra esfera. En el caso de **W** la música, en el de otras el móvil. El asunto, a mi manera de ver, deriva no tanto de la necesidad de conectarse como de la de desconectar, evadirse del mundo, crear y llevar consigo el propio microclima. Circular protegido por urnas de seguridad. Viajar dentro del Yomóvil. Una actitud defensiva que en bastantes casos se torna ofensiva para la persona con quien, aparentemente, compartes algo. Ya lo dije, parece que entre los dos esté, instalado y tomando el mando, otro, un presumible cantante irlandés o norteamericano. Bien está que cada uno tenga sus gustos y aficiones, pero no hasta el punto en que este mundo se haya convertido en un recinto para autómatas en donde la gente, menos a lo que está, esté a cualquier cosa. Para la rutina vital y diaria ponemos el piloto automático, nos dejamos llevar, cumplimos y resistimos, pero lo único que de verdad nos llena es volver a nuestra burbuja. Cuando no la llevamos puesta, como **W** que se la aplica directamente en sus pequeñas y perfectas orejas, como un invasor que toma posesión de sus rizos, sus gestos y su mente en nombre del gran país, allende el mar, allende el tiempo y allende cualquier dimensión. Que es el país en donde nos gustaría vivir y en donde, si vivir es estar, realmente vivimos.

W pasa por la vida desde dentro de la música, es su armadura y a veces se diría que su alimento. Porque lo que es comer, come poco, metódica y cansadamente; habla menos, con monosílabos y en cuanto a escuchar, me escucha a medias, cuando lo hace. Y es que no soy tan cretino como para pensar que el ritmo que sigue con los pies sea el que genera mi florido lenguaje. El caso es que me aprecia. Por muy blindados que vayamos ante el mundo siempre establecemos con él alguna especie de tentáculos. Jamás le pregunté a **W** qué clase de música escucha, pero en mi herido orgullo esperaba, que por lo menos me traicionase con alguien mítico, como Dylan o Sinatra. Verdaderamente ir a una comida pretendidamente íntima o similar con los cascos puestos es

adulterar la comunicación. De todas formas detecto que, incluso en esos momentos, perdura un hilo entre nosotros, aunque ella esté colgada del cuello (de toro) de Van Morrison. Es un karma que sólo yo noto, porque la misma Brönte es totalmente inmune a esa atmósfera cuando se acerca a servir y me susurra al oído: "Esta tía es tonta". Tubo, que es vecino suyo, afirma que lo que tiene **W** se lo curaría él por imposición de manos ; y la duda que Steady tiene sobre ella se resume en la frase: "¿Se dejará puestos los cascos cuando lo hace?" Ya estamos con el "lo", tan definitivo y machista. No puedo sin embargo dejar de admitir que, en cuanto a morbo, sí que lo ha de tener el hacerlo con una melómana como **W** sin que ella se quite los auriculares. Porque como muy bien apuntó Grumpf una vez: "Puede que lo haga mecánicamente y sin alterarse. Pero ¡ay, como consigas que dé grititos! ¡Como consigas que dé un gritito, regocíjate hermano Mac y llénate de júbilo!; porque ¿quién te dice a ti que en esos momentos no le estás poniendo los cuernos al mismísimo Leonard Cohen?"

es.humanidades.literatura
19 junio 2004